

sus figuras más representativas. Las muestras que he dado bastan para hacer ver los defectos de que adolece este texto del señor Amunátegui.—D. MELFI.



LA LEYENDA PATRIA, por *Alberto Guillen*.

Por primera vez me encuentro con una «Leyenda Patria», escrita para los niños por un niño que no lo es, aunque es poeta y tiene, seguramente, más de treinta años. Una leyenda del descubrimiento, de la conquista y de la emancipación del Perú, que es como decir de América, porque los episodios se parecen en todos los países en los que los españoles pusieron su planta, y la conquista como la independencia fué también idéntica en sus principios y en sus consecuencias. Alberto Guillen la ha escrito con fortuna y con sencillez. En una de esas ediciones primorosas de bolsillo, con bellas ilustraciones, la fantasía, la realidad y el candor andan mezclados en la más limpia confusión del mundo. Nótese que digo limpia confusión, porque lo mismo la realidad que la ironía, el blanco del alma infantil, como la grave mordacidad del hombre, han logrado extenderse sobre estas páginas menudas para producir una lectura deleitosa y llena de interés.

Un hombre-niño, es decir, un hombre con el sentido de la lucha de hoy, que es de repudio a las vejeces pasadas y a los aditamentos espesos de los dómines, acomete la tarea de contar lo que pasó en el descubrimiento, luego en la conquista, y, más tarde, con la emancipación. Pero no con la solemne y paquidérmica erudición, con el andar pausado y monocorde de los historiógrafos que acumulan miles de documentos y largos escuadrones de fechas, para echar al mundo una página fría, enteca y cejijunta, sino con el desenfado de un niño que salta y brinca por los campos de la historia y anota sólo lo esencial, lo poético, lo hu-

mano, en la acepción más pura del concepto. Guillen, buen amigo de los chilenos, no aspira a que se le catalogue entre los dómines de la altísima soberbia histórica. Guillen, aun con reírse con picardía sana, de los afebrados y acartonados constructores de gruesos y monumentales volúmenes, ha construído con los datos históricos un poema fino y liviano, un poema ingrátido que balancea sus graciosas imágenes sobre las risquerías de la tierra americana, y también sobre las no menos áridas risquerías de la historia oficial.

Claro es que esta *Leyenda Patria*, poema sinfónico en tres tiempos y un preludio, no agradará a ninguno de los maestros de América. Probablemente a ninguno de los equidistantes genios retóricos de América. Los años, en lugar de enfosquecer su espíritu, lo despojan de los zumos ácidos, de toda arruga presuntuosa y pedantesca. «Una vez Armando Rivera—cuenta Guillen en la página primera de su leyenda, dirigiéndose a los niños, sus lectores—, me invitó a su escuela. Quería unas palabras más para el indio broncíneo, hermano nuestro, hecho de tierra y de lágrima. Las dije. Vosotros estuvisteis atentos como las aguas del río, que se aquietan para recoger el paisaje. Junto a vosotros subida en el tejado, un águila escuchaba también mis palabras y vuestros himnos. Pues bien, así como esa águila—que habría muerto en cualquiera lujosa jaula y se ha hecho amiga de vosotros porque sois puros, porque la vida no os ha encenegado todavía los labios ni los ojos—así vengo yo a vosotros, desde cielos altos, trayéndoos estas palabras puras, encendidas; estos símbolos, estas historias bellas como cuentos, y estos hombres nacidos para el bronce y para el mito».

Suave, fervorosa advocación a los niños de América. ¿Qué se ha hecho con los niños de América? Se les deja vivir en lo más turbio de las miserias políticas y en lo más pestilente de las pasiones. Se piden generaciones sanas, y tanto la historia como la vida general no hace sino ensombreceer estas almas transparentes que inician su andar entre jadeos de odio o de mezquin-

dad. Guillen ha escrito su *Leyenda Patria* para el pueblo, para ese «gran pueblo abierto y siempre ávido de agua y de semilla, diminuto, innumerable y siempre inextinguible pueblo de los niños». «El niño es surco—dice—es hierba y es arbusto. La hierba gatea y todo lo invade. El árbol acoge canto y nido. Y el surco pudre y transforma la semilla, toda semilla. Dejemos en él nuestra palabra buena. El futuro dirá su cosecha».

Bueno es que América empiece a salvar a los niños. Y esta *Leyenda Patria*, de Guillen, es un buen augurio. Fresca, pura, sin sombra alguna de rencor, tanto sirve a los niños como a los hombres.—D. MELFI.



CAMARADA, APUNTES DE UN HOMBRE SIN TRABAJO, por Humberto Salvador.

Siempre nos ha producido desconfianza una obra en la que aparecen juicios, o más bien, elogios de diferentes personas sobre la personalidad del autor o sobre libros anteriores del mismo. Se nos ocurre que el autor pretende impresionar al posible lector en sentido favorable; sugestionarlo e inducirlo a opinar en la misma forma elogiosa que las personas cuyos comentarios se han reproducido en el libro. Por lo demás, estos comentarios que se colocan en la parte primera o posterior de un volumen, son, la mayoría de las veces, simple cortesía con la que se retribuye el envío de una obra. Casi siempre están desprovistos de sentido crítico y son sólo una alabanza cordial, una apología, por lo general inmerecida y que no tiene relación con el contenido intrínseco del libro elogiado.

Frente a «*Camarada*» de Humberto Salvador nos ha sucedido lo mismo, no obstante que el nombre de esta novela (1), provocó

---

(1) Talleres Tipográficos Nacionales.—Quito (Ecuador) 1933.